

TOMAS POLANCO ALCANTARA: EL BIOGRAFO

Por R. J. LOVERA DE-SOLA*

A través de varias obras, como lo son, *Gil Fortoul: una luz en la sombra*,¹ *Con la pluma y con el frac*,² *Un pentágono de luz*,³ *El general de tres soles*,⁴ *Once maneras de ser venezolano*,⁵ *La huella de Pedro Emilio*⁶ y *Conversaciones sobre un joven que fue sabio*,⁷ el escritor Tomás Polanco Alcántara se ha ido convirtiendo en el biógrafo por excelencia dentro de las letras y pensamientos venezolanos de estos días. Y lo ha logrado por poseer el buril de este especial género siempre tan grato. Las de Polanco no sólo son obras cuidadosamente investigadas, bien realizadas y de sabrosa lectura. Constituyen puntos básicos para el entendimiento de personalidades descollantes de la vida venezolana. Y son vidas certeras las trazadas por él, por partir de una clara concepción del género, "una biografía... no es querrela criminal contra el biografiado ni tampoco un panegírico del mismo".⁸ Es por ello que, al prepararlas, ha logrado introducirse en "los pliegues de una historia"⁹ tratando siempre de insistir en el grave problema que ha significado para una nación como la nuestra "la considerable reducción de los estudios de historia patria en el pensum de nuestras escuelas y liceos (y)... la idea de que este país ha sido un campo desierto, en el cual los malandrines y los bellacos siempre disfrutaron de la mayor libertad de acción, mientras fracasaban los esfuerzos de unos cuantos mediocres idealistas".¹⁰ Y convencido, lo dice a propósito de uno de ellos, Jesús Muñoz Tébar (1847-1909), que, "una abundante cosecha de personajes similares a Muñoz Tébar, dejados en su libre iniciativa, son capaces siempre de transformar un país aún contra las más adversas circunstancias".¹¹ De allí la importancia que tiene estudiar estas vidas egregias, estimular a los venezolanos de hoy, a veces cruzados por una negra nube de escepticismo, especialmente después de los sucesos del 27 de febrero de 1989, para que se miren en el espejo de estas existencias y vean hasta dónde su mensaje es un estímulo permanente.

* Director de Publicaciones de Fundarte.

1. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Gil Fortoul, una luz en la sombra*. Caracas, Ed. Arte, 1979. 219 p.
2. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Con la pluma y con el frac*. Caracas, Ed. del Banco de Venezuela, 1982. 328 p.
3. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Un pentágono de luz*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1982. 108 p.
4. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *El general de tres soles*. Caracas, Ed. Arte, 1985. 355 p.
5. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Once maneras de ser venezolano*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987. 241 p.
6. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *La huella de Pedro Emilio*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1988. 321 p.
7. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Conversaciones sobre un joven que fue sabio*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1988. 152 p.
8. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *La huella...*, p. 303.
9. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Once maneras...*, p. 44.
10. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Once maneras...*, p. 56.
11. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA. *Once maneras...*, p. 107.

En dos de los libros biográficos de Polanco Alcántara queremos fijarnos ahora. Nos referimos a *Once maneras...* y a *La buella...* En el primero de ellos su autor sigue el hilo de la vida venezolana entre 1750, durante el cual nació el primero de sus personajes, Francisco de Miranda, y 1986, cuando falleció el último, Carlos Felice Cardot. A través de las once existencias que examina, trata de buscar, en todas, su razón más honda, el por qué sus vidas constituyeron las de personas sinceras, desinteresadas y entusiastas, rasgos que son, al decir de Augusto Mijares (1987-1979), los que constituyeron los pilares de aquellos que construyen sus países.¹²

En cada uno de los personajes asediados en *Once maneras...*, Polanco mira un ángulo de sus vidas. En el caso de Miranda (1750-1816), nos lleva hasta las estanterías de su biblioteca, nos hace ver cómo los libros “que durante toda una vida vamos adquiriendo y colocando cerca de nosotros, son un fiel reflejo de la personalidad de cada quien, de sus aficiones, ideales, intereses” (p. 17). En el caso del Precursor, aquellas obras “no formaban colecciones estáticas sino que eran sus diarios y activos instrumentos de trabajo y recreación” (p. 19), ya que “su propietario era una personalidad culta, bien informada, de amplio y libre criterio, con esa superioridad extraordinaria de luces, experiencia y talentos que... le atribuyeron... Bolívar... Bello y... López Méndez” (p. 24) apenas haberlo conocido.

En José Antonio Páez (1790-1873), escruta la manera como “Hay en el fondo del alma del venezolano, una evidente coincidencia con los aspectos fundamentales de la personalidad de Páez” (p. 35). En Mariano Montilla (1782-1851) el modo tortuoso de la administración pública que hizo víctima al prócer, el 18 de abril de 1834, de los arteros modos de conducir “nuestra accidentada diplomacia” (p. 44). Mientras el patricio cumplía en Londres importante misión diplomática que, a la larga, condujo al reconocimiento de nuestra emancipación por parte de España, la Cámara de Representantes en Caracas “negó las partidas presupuestarias necesarias para el pago del sueldo del Ministro en Europa” (p. 53); en Pedro Gual (1783-1862) mira las ejecutorias del primer diplomático de Colombia; en Muñoz Tébar, a quien ya hemos aludido, al “hombre de ideales a los cuales dedicó plenamente sus energías” (p. 99). Fue una persona de acción quien, en la Venezuela de su tiempo, se preocupó por el personalismo de nuestros gobiernos. A la dilucidación de este asunto dedicó su principal escrito.¹³ El, además de hincar el diente en el problema, exigió, en base a la observación del modo en que se gobernaban los Estados Unidos, la necesidad de administraciones hondamente legales. Estaba convencido, también, de la “necesidad de la educación como base de la felicidad de los pueblos” (p. 107).

En José Gil Fortoul (1861-1943), observa Polanco la conjunción del intelectual y el hombre de acción; en Monseñor Nicolás Eugenio Navarro (1867-1960), su técnica de historiador (p. 50), los dilemas que se le presentaron al

12. AUGUSTO MIJARES. *Lo afirmativo venezolano*. 3ª ed. aum. Prólogo: Pedro Grases. Caracas, Ed. Dimensiones, 1980. 364 p. La cita procede de la p. 33.

13. JESÚS MUÑOZ TÉBAR. *El personalismo y el legalismo*. New York, A. E. Hernández, 1890. 204 p. Existe una segunda edición de *El personalismo...* Prólogo: Tomás Polanco Alcántara. Caracas, Fundación Sánchez, 1977. XIV, 204 p.

escribir la historia (p. 161) y los muchos trabajos realizados durante su “fecunda ancianidad” (p. 145); en Mario Briceño Iragorry (1897-1958) la forma como contrapuso, en sus libros sobre el Regente Heredia y el Marqués de Casa León, el contraste entre el político honesto y el pícaro que tanto se ha dado en la historia venezolana. Basta pensar en Carujo y Vargas. El Tirano Aguirre y Martín Tinajero. O Francisco Javier Yanes ante Bolívar y ante Bello. Mientras el ejemplo de Bello, Bolívar, Vargas o Tinajero sigue dando luz, las atrocidades de Aguirre siguen sembrando miedo en nuestra memoria; Carujo es el ejemplo del psicópata dentro del tejido de la vida social y Yanes el prócer pequeño quien no vaciló en infamar el nombre de Bolívar o de plagiar a Bello. Casa León y Heredia siempre reaparecen en nuestra vida. Fue lo que quiso decirnos Briceño Iragorry en sus dos libros, siempre de tanta vigencia entre nosotros.

En Monseñor Carlos Sánchez Espejo, mira “un tipo de venezolano que se quedó brillando en la provincia para, desde allí, servir mejor a la patria con... sinceridad, entusiasmo y desinterés” (p. 13); la vocación de servicio también la enaltece al examinar lo hecho por Arturo Uslar Pietri, quien siempre ha pugnado por llevar la cultura a la acción política (p. 213), quien siempre ha luchado contra la Venezuela fingida (p. 220). Y, en fin, en Carlos Felice Cardot (1913-1986) mira al ser de alma limpia, quien fue culto historiador, amó la vida y al país, tuvo el don de saber dar consejos (p. 237) y siempre fue “bueno, sabio... modesto” (p. 237).

Por su parte *La huella...* es una obra que nos llama la atención. En ella traza Polanco los rasgos vitales de Pedro Emilio Coll (1872-1947). Escribimos que nos interesa por el hecho de ser este libro la primera incursión de Polanco en las actividades de una persona quien, si bien tuvo importante actividad pública, lo preferente en él fue escribir. Y en aspecto de tan luminosa vida llega Polanco al meollo. Desde la publicación de *La huella...* será difícil, si no imposible, estudiar a Coll, una de las figuras centrales de nuestras letras, sin consultar a Polanco.

Y esto advertimos primero por la forma como Polanco ha logrado darle vida a Coll, otra vez, al interrogarlo sobre el centro vital de su existir. Esto ha sido posible porque el biógrafo logró tener acceso a numerosa correspondencia privada sostenida por Coll con algunos amigos. Y han sido esas misivas, que tienen —como dice Polanco— “significado biográfico” (p. 139), las que le han permitido ver al ser humano Coll. De allí que indique “El hombre que aparece en estas cartas tiene los naturales defectos propios del ser humano que, como en los cuadros de Rembrandt, es un claro-oscuro, en donde se aprovechan los colores grises y hasta el negro, para destacar la luminosidad de la belleza de una expresión o el brillo en las pupilas” (pp. 141-142).

En cuanto al escritor Coll destaca Polanco la forma como despertó su vocación literaria (p. 25); se asoma a la aventura que supuso la publicación, en 1894, de la revista *Cosmópolis*, vocero e introductor del modernismo en las letras veenzolanas, gaceta que sirvió a Coll “para entrar de frente en la vida literaria” (p. 39). De igual manera señala el significado que tuvieron los trabajos que redactó para la revista parisiense *Mercure de France*, cuya sección latinoamericana

redactó Coll durante casi dos años (p. 123). Esto tuvo diversa importancia: por ser el *Mercure*. . . “la primera revista literaria francesa, que se ocupó de abrir paso a los hombres de letras hispanoamericanos” (p. 55); así fue como surgió “uno de los primeros esfuerzos realizados para despertar el interés de los intelectuales europeos por las letras contemporáneas del nuevo mundo español” (p. 61). Pero también hay algo más, que subraya Polanco, “en las crónicas del *Mercure* está no sólo la base de su prestigio continental, sino el esquema de su nueva actitud intelectual y el inicio de una diferente forma de pensar y de escribir” (p. 61), pues Coll lo que se propuso al escribir fue “buscar, casi a oscuras, los caminos de la vida interior” (p. 157); soñar mediante sus escritos (p. 164); “conocer y analizar” (p. 166); ser lo que se llamó entonces un egotista; utilizar el “examen de sí mismo, como sistema de vida intelectual” (p. 168), según escribe Polanco. Fue esto lo que se propuso Coll desde la publicación de su primer libro *Palabras*.¹⁴ Y es por ello que confesó que le gustaba más pensar que escribir (p. 179) lo cual lo llevó a confiar muchas veces que, ante todo, era “un lector algo inquieto y curioso” (pp. 185 y 187). De allí el interrogante suyo en torno a si era un escritor o un lector, ya que lo que deseaba era “expresar por escrito, las conclusiones a que había llegado meditando sobre las ideas, que luego de leer, se le ocurrían” (p. 193). Por ello, comenta Polanco “Quizá esa insistencia suya en no querer considerarse un escritor, trajo como consecuencia que, los críticos literarios o los historiadores de las letras, cuando comentan su obra escrita, siempre la consideran brevísima. Se ha convertido casi en un lugar común referirse a lo poco que escribió” (p. 193). De tan constante análisis no podía surgir sino una obra flaca de tamaño físico pero densa en contenido. Si para él “Cada palabra es un hecho, cada frase es un análisis o una síntesis. Para conocer el entendimiento humano hay que conocer primero el lenguaje” (p. 195). Este fue, según Polanco, su método de trabajo. De allí que lo que dejó consignado por escrito pareciera poco pues lo que faltó en cantidad sobró en sustancia. Pero no escribió poco. Sólo aquella cantidad que consideró esencial.

Dentro de los análisis que hace Polanco en torno a los escritos de Coll hay dos que llaman poderosamente la atención. Uno es su asedio a *El diente roto*, el celebrado relato de Coll, el cual nunca falta a las antologías del cuento venezolano. Coll publicó esta brevísima narración en la edición de la revista caraqueña *El Cojo Ilustrado*, el 15 de agosto de 1898. Lo cual quiere decir que “debió haber estado redactado para mayo de 1898” (p. 204). Tuvo mucha suerte desde su publicación. Coll lo incluyó en su libro *El Castillo de Elsinor*.¹⁵ Pero también Coll fue acusado, sin sólidas bases para hacerlo, de haber “plagiado una idea ya expresada por el novelista portugués José María Eça de Queiroz (1845-1900) en su *Epistolario de Fradique Mendes*.¹⁶ Esto debió producirse como consecuencia de la envidia por el triunfo de Coll, ya que era imposible que Coll hubiera conocido antes de escribir *El diente roto* el texto de Queiroz ya que, si bien este había sido publicado en una revista lusitana por entregas a partir de 1888 —y no fue

14. PEDRO EMILIO COLL. *Palabras*. Caracas, Imp. Bolívar, 1986. 155 p.

15. PEDRO EMILIO COLL. *El Castillo de Elsinor*. Caracas, Tip. Herrera Irigoyen, 1901. 129 p.

16. JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIROZ. *Epistolario de Fradique Mendes*. Barcelona, Ed. Manci, s/f., citada por Polanco Alcántara en *La buella*. . . , p. 208 y en la nota 9 de la misma página.

recogido en volumen hasta 1900, cuando ya el relato de Coll había sido impreso en *El Cojo Ilustrado*, no llegó a traducirse al castellano hasta cerca de 1910, como lo puntualiza Polanco (p. 208). Además de ser incierto esto, el mismo Coll confesó haber conocido *El epistolario de Fradique Mendes* cuando éste fue publicado en nuestra lengua. No antes. De allí que las semejanzas de "semejanza conceptual" (p. 209), cosa que muchas veces sucede en la literatura. Si no pensamos así, habría que acusar a Jerzy Kosinski de haber plagiado a Queiroz y a Pedro Emilio, al concebir su novela *Desde el jardín*,^{16a} obra que tiene notables coincidencias con *El diente roto*. Y lo mismo habría que hacer a Alejo Carpentier, de haber copiado en su novela *El acoso*,¹⁷ el cuento de Lino Novas Calvo *La muerte de Ramón Yendía*.¹⁸ Cosa que también sucede con las notables coincidencias que hay entre el cuento *El día largo ya seguro* de Antonia Palacios¹⁹ y *La chaqueta de oso* de Julio Jáuregui.²⁰ Pero en verdad lo que sucedió es que todas estas obras exhiben coincidencias temáticas, paralelísticas en sus visiones de la realidad.

Otra interesante acotación que se podría hacer sobre *El diente roto*, que en parte el estudio de Polanco desmiente, sería pensar, como lo ha hecho una seria estudiosa del gomecismo, es una tesis —aún inédita, a la cual tuvimos acceso gracias a los canales del mundo editorial—^{20a} que en su cuento Coll quiso retratar, a través de Juan Peña, al General Gómez y su actitud como político. En verdad, aunque es tentador pensarlo, no es posible sostenerlo pues Coll escribió y publicó su cuento antes del inicio de la revolución andina, ya que éste fue impreso el 15 de agosto de 1898 y la revuelta de los tachirenses comenzó al año siguiente. Y Coll y Gómez no llegaron a conocerse hasta 1903, según conjetura Polanco, en base a algunos testimonios orales (p. 70). De tal manera que lo que hizo Coll fue apuntar hacia la universalidad de un personaje que muchas veces se da en la vida política de los pueblos.

Otra muy interesante incursión sobre la obra de Coll, con la cual nos encontramos en las páginas de *La huella*. . . la constituye el análisis que nos ofrece su autor en torno al drama inconcluso de Coll *Homunculus*. Polanco realiza en él un menudo análisis en torno al enigma que encierra esta obra. Misterio, escribimos, porque planteada como su obra principal, muy elogiada por algunos de sus con-

- 16^a JERZY KOSINSKI. *Desde el jardín*. Barcelona, Ed. Pomaire, 1979. 177 p. Consultar también AUGUSTO GERMÁN ORIHUELA: "El diente roto y Desde el jardín" en: *De puño y letra*. Caracas, Instituto Universitario Pedagógico, 1976, pp. 146-147. Allí recuerda este crítico: "A lo largo de toda la Historia literaria Universal frecuentemente, además de las influencias, también las coincidencias... nada es absolutamente primigenio" (p. 146).
17. ALEJO CARPENTIER. "El acoso" en sus *Obras Completas*. México, Siglo XXI, Editores, 1983, t. III, pp. 83-170. Esta novela fue publicada por vez primera en 1956.
18. LINO NOVAS CALVO. "La muerte de Ramón Yendía" en *La luna nona y otros cuentos*. Buenos Aires, Ed. Nuevo Romance, 1942, pp. 79-109. Este relato fue escrito en 1933.
19. ANTONIA PALACIOS. "El día largo ya seguro" en: *El día largo ya seguro*. Caracas, Monte Avila Editores, 1975, pp. 117-128.
20. JULIO JÁUREGUI. "La chaqueta de oso" en: *Final de otro sombrío*. Caracas, Ed. Fuentes, 1973, pp. 38-47.
- 20^a RUTH CAPRILES. *Román Delgado Chabaud, política, legislación y negocios en la Venezuela de comienzos del siglo XX*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1988, pp. 191-193.

temporáneos que pudieron leerla, fragmentariamente publicada en la prensa, nunca llegó a ser concluida. Más bien fue abandonada. *Homunculus* era una especie de tragicomedia de compleja formación. Tan complicada que, previamente, Polanco debió desentrañar sus fuentes —Goethe, Nietzsche, personajes de la comedia— y explicarse la difícil mezcla que daría por resultado un escrito donde brillaba el ingenio.

El otro lado de esta biografía es el estudio que Polanco realiza en torno a la acción política de Coll bajo el gomecismo. En ella es especialmente certero y hace mucha luz. Y no sólo en la actividad realizada por Coll sino dentro del conjunto de todos aquellos venezolanos que creyeron honestamente que debía apoyar a Gómez para servir al país. Se equivocaron. Pero pocos fueron los que, como Coll, rectificaron al confesar “Dios perdone al General y el pueblo perdone a los que le servimos bien que sin participar en tantos atropellos y crímenes y lamentando los errores que no podíamos evitar” (p. 248).

Caracas:

Septiembre 13, 1987 - Octubre 14, 1988

Julio 19, 1989.

BIBLIOGRAFIA DE VICENTE MARCANO (1848-1891)

Por FRANCO URBANI*

INTRODUCCION

Al cumplirse el centenario de la muerte de este insigne científico venezolano, consideramos conveniente publicar esta versión actualizada de su bibliografía. Esta recopilación no ha sido empresa fácil. En primer lugar, se halla dispersa en publicaciones periódicas de difícil acceso y que una vez halladas por lo general sus colecciones están incompletas. Es el caso, por ejemplo, del diario *El Siglo* y del *Boletín de la Sociedad Farmacéutica de Venezuela*. Esta última publicación ha sido localizada recientemente en la biblioteca del Doctor Víctor Manuel Ovalles. En segundo lugar, buena parte de la obra de Marcano fue publicada en el exterior. Sólo quedaría investigar si otros países pudieran ser incluidos, puesto que Gaspar Marcano, en la *Biografía de Vicente Marcano*, página 45, afirma que su hermano publicó en algunos periódicos de los Estados Unidos. En tercer lugar, hay información de que Marcano publicó folletos en la actualidad desaparecidos. Se trata de los *Elementos de mineralogía práctica* y de unas *Nociones de química agrícola*. Por fortuna, la *Memoria* de la Dirección General de Estadística de Venezuela y el *Diario de Caracas* publicaron, respectivamente, parte de esos trabajos.

* Sociedad Venezolana de Historia de las Geociencias.